



AÑO II

← BARCELONA 5 DE FEBRERO DE 1883 →

NUM. 58



FRUTO PROHIBIDO, cuadro por M. Netzmacher

cerebro era desmesurada, y por fuerza debía de resentirse de ello algun órgano. A nuestro Fortuné la cabeza le atrofió el corazón y le paralizó los pulmones. A Doré le ha pasado algo parecido. Una angina de pecho, que fué rápidamente seguida de una parálisis del pneuma gástrico, le ahogó. La tesis del doctor Jacobi va resultando cierta.

La llama sacra del genio devora más que el mismo fuego, cebándose en el órgano que flojea, cuando no consume el cerebro que la sustenta. No en vano los griegos llamáronlo enfermedad divina. La creación engendrando un estado patológico en el que crea!... Terrible ley de la humanidad, que no se pueda llegar á la verdad, á la belleza ó á la justicia supremas sino por medio del propio sacrificio!....

* *

Háse formado una sociedad internacional de artistas con el fin de reunir anualmente algunas de sus obras que no están destinadas á la Exposición general que se celebra en el Palacio de la Industria, y por lo tanto que no aspiran á más premio que el aplauso del público inteligente. Esta sociedad expone en la Galería Petit, 8 Rue de Seze: allí el público puede admirar las obras del arte español, italiano, francés, inglés, alemán, holandés, etc., en toda su ingenuidad, y con todo el carácter de sus respectivas escuelas. Allí han expuesto Bastien Lepage, Gonzalez, Beraud, Duez, Clarin, Boldini, Jacquet, Dagnau, Van-Beers, Eguzquiza, d'Epinay, Stott, Rossano, Toffano, Stewart, Liebermann, Edelfelt, etc. etc.

No pasaremos aún á hacer el juicio crítico de los preciosos cuadros expuestos por dicha sociedad, porque para hacerlo con conciencia se necesitan muchas visitas á la Galería Petit; así nos reservamos el dar cuenta detallada á nuestros lectores de dicha exposición, en una de las próximas revistas.

* *

Otra Exposición. En la escuela de Bellas Artes se han podido admirar estos últimos días las obras de Lehmann. Lehmann, discípulo de Ingres, había ejecutado para el Hotel de Ville que ardió, una serie de pinturas murales que representaban la Historia de la Humanidad.

La ejecución que se ve en sus obras expuestas pertenece á esa escuela clásica francesa que representaba el maestro de Lehmann.

El pensamiento, la manera de agrupar, la composición, en fin, pertenece á la escuela alemana en que forma en primer término Kaulbach.

Sus obras podrían figurar en las pinacotecas de las ciudades del Norte.

* *

La exhibición de los proyectos de estatua á la memoria de Rude ha llamado también estos días poderosamente la atención. Una infinidad de bocetos y estatuitas derechas ó sentadas, con un cincel en la mano, ó con la mano apoyada en la barba; hé aquí los proyectos que al público se han expuesto. Los que han conocido al autor del Arco de la Estrella, dicen que apenas hay una que tenga su postura natural. Todas son más ó menos afectadas, mientras que de Rude afirman sus antiguos camaradas que *il ne posait pas jamais*.

* *

Vamos á ocuparnos un poco de teatros.

El Odeon ha celebrado el aniversario del nacimiento de Molière. Se ha representado una pieza en un acto escrita á propósito por Leon Valade. La pieza es preciosa y bien escrita. No necesitó de la gloria del genio á quien iba dedicada para ser aplaudida, puesto que tenía bellezas propias.

Aunque perteneciendo á esta clase de comedias que las pide el director, las escribe el autor á vuela pluma, los cómicos las representan mejor ó peor, y el público las escucha, las aplaude un día, y las olvida luego; aunque de este género, el acto de M. Valade tiene un movimiento y un brio dignos de un gran autor cómico. Contiene escenas de mucho ingenio y un cumplimiento delicadísimo á Molière.

Acábase de representar en el Teatro Cluny una pieza en tres actos de género insensato, titulada, *Los tres maridos inquietos*. Es una de esas comedias que hacen desternillar de risa,—tan del gusto del público francés,—cuyos personajes nos recuerdan los de las novelas de Paul de Kock. Hoy más que nunca place al público parisiense la nota alegre en el teatro; en las representaciones busca el espíritu chispeante, como la sal y la mostaza en los condimentos. Quiere distender los nervios en el teatro. Es demasiado frecuente el drama en la vida real en esta Babel moderna para que agrade en la escena. La gente enervada por las ocupaciones serias del espíritu, por los vaivenes de la Bolsa, por el movimiento de la política, es mucha, y esta, en las horas desocupadas, despues de la comida, quiere reírse y tiene derecho á ello. Además hay aquí una sociedad rica que con la fortuna ha heredado el fastidio, y esta también quiere reírse. Sí, el parisiense apetece que la carcajada suceda al suspiro ó al gemido de fatiga, como el campesino quiere que el sol brille despues de la tempestad. El canto alegre haciendo desaparecer las lágrimas, es más benéfico que cien dramas de esos que para presentarnos una máxima de moral muy discutible acuden al incendio, á la guerra, al envenenamiento y al de-

guello hasta del apuntador. Allá por los tiempos del romanticismo se prefería pasar de la nota clara á la nota sombría, negra, espeluznante. El público español, especialmente el madrileño, tiene aún resabios de esta clase de aficiones. Hoy en Paris se pide que apenas una nota oscura, sería, se inicia haciendo prever algo sombrío, venga un efecto claro, sencillo, humorístico, que por lo inesperado desternille de risa y distienda los nervios cual benéfica descarga eléctrica. Por esto gusta el género bufo, por esto gustan esas pantomimas inglesas imposibles, en que todo se hunde, todo revienta, todo el mundo se cae con mil ridículas posiciones, y nadie se hace daño.

* *

Anúnciase para uno de estos días el estreno de una obra dramática del célebre autor de *La maison des Gueux*, M. Richepin. Titúlase *La Glu*, y está extractada de la novela que escribió el mismo con este título. Tenemos los mejores informes de esta producción, y ya daremos de ella un juicio crítico á nuestros lectores. Dicen los que han oído su lectura que tiene efectos trazados de mano maestra.

Original, sin ser excéntrico, Richepin, despues de haber demostrado su fecunda inspiración en la poesía y su espíritu de análisis en la crítica, va á abordar el teatro con una producción que se anuncia ya con muy buenos auspicios.

Veremos si el autor dramático superará al poeta y al crítico.

P. G.

NUESTROS GRABADOS

FRUTO PROHIBIDO, cuadro por M. Netzmacher

Pero, señor: ¿qué demonio tendrán las manzanas que así tientan á la humanidad? ¿por qué hemos de haber convenido en que los frutos prohibidos han de tomar siempre forma de manzana?... Despues de todo ¿estamos de acuerdo en que era fruto de un manzano el que comieron nuestros primeros padres en el Paraíso?... Si así fué, no se acreditaron de difíciles en materia de gula, porque la manzana es una de las frutas más vulgares y prodigadas que se conocen. Comprendemos que Noé se diese un atracón de uvas superior á lo que era de esperar de su prudencia; pero que Adán y Eva renunciasen á la eternidad de una vida regalona por gustar una insípida manzana, es cosa que repugna á un paladar semi-bien educado.

Y sin embargo, el autor de nuestro cuadro ha rendido tributo á la comun opinion y la picaresca doncella en él representada muerde una manzana, teniendo á su disposición los restos de un opíparo festín. ¡Benditas manzanas y bendita gula!... no nos costais poco caras...

Viniendo á la obra de Netzmacher, es admirable de ejecución y de intención. Es una verdadera Eva de comedor en el acto de aproximarse á los labios el fruto prohibido. Nada tendrá de extraño que á su vez la muy golosa pierda el paraíso. En tal caso no tendrá que apelar á las hojas de higuera; pero no será difícil que haya de ocultar entre las manos el lindo rostro cubierto de vergüenza.

Cuando esto ocurra, ¿habrá doncella que escarmiente en las manzanas ajenas? La contestación no es dudosa: el idilio interrumpido del paraíso es popular de sobra. Todos maldicen á las serpientes; mas por lo que toca á las manzanas... ¡Si las comen hasta los que carecen de dientes!...

EN EL CAMPO, cuadro por W. Friedrich

Los que vivimos bajo el hermoso sol de España no estimamos en todo lo que vale un rayo de ese astro bañándonos en pleno campo. Por esto los habitantes del Norte aprovechan cuantas ocasiones se les presentan para calentarse con un ardor distinto del que producen las chimeneas y respirar un aire no viciado por el humo de la leña, del carbon y de cuantos gases perjudiciales constituyen la atmósfera de una habitación escasamente ventilada.

Los niños, sobre todo, son entusiastas del campo: los niños tienen el privilegio de no disimular su contento ante la consideración social. El campo es la libertad, y el niño, *el hombre de la naturaleza*, siente un placer singular al entregarse á sus instintos en pleno sol y en plena campiña. Vedle, en nuestro cuadro, inclinado sobre las flores silvestres, llenar de ellas su cestita ó confiar á su madre las que entiende ser más preferentes. Es una escena de felicidad íntima, de bienestar desapercibido, no apreciado sino por los niños y por sus madres; aquellos embebidos en el presente que tiene forma de flor; estas contemplando á los hijos de sus entrañas, que traen á la memoria un pasado de color de rosa y dejan vislumbrar un porvenir de color de cielo... Hé aquí la feliz combinación de Friedrich; la maternidad, la niñez, el campo y el sol de la primavera.

EL SACRISTAN, dibujo por Enrique Serra

Hay que hacer las cosas bien, ó no hacerlas. Por humilde y fácil que parezca una faena, puede hacerse con habilidad ó con torpeza. No hay cosa más fácil en apariencia que vaciar en una copa el vino de una botella, y sin embargo apenas encontraríamos mantel usado en que no aparecieran manchas que acusan la falta de tino de los escanciadores. Campoamor lo ha dicho en un poema: *¡Nada hay grande, Señor; nada hay pequeño!...*

Así, por ejemplo, el sacristan del cuadro de Serra no es un sacristan de tres al cuarto, uno de esos auxiliares del culto que llevan en la sotana tantas gotas de cera como funerales se han celebrado en la parroquia, ó que no elevan el incensario sin verter un ascua en la alfombra del presbiterio... Todo lo contrario.

Él despabila las lámparas, pero el acto de despabilar, ejecutado por él, adquiere las proporciones de una ocupación seria. ¡Con qué respetuoso temor sostiene el receptáculo del aceite...! ¡Con qué suavidad, no exenta de firmeza, corta el algodón carbonizado!... ¡Con qué fruición se da cuenta á sí mismo de la importancia del acto!...

Un sacristan de estas prendas es una verdadera alhaja para una iglesia; y cuando, durante la misa, verifique la colecta para la iluminación del Santísimo Sacramento, pronunciará la frase obligada, no del modo vulgar y monótono que emplea un monacillo rampón, sino como hablan del arte y de la ciencia los profesores de ciencias ó artes. Así es de ver cómo las blancas manos de las devotas depositan su óbolo en el cepillo y cómo las lámparas al cargo de nuestro sacristan rebosan aceite, sin que una sola gota ensucie el pavimento.

Un tipo de este valer, ave casi *raris*, bien merecía ser transmitido á la posteridad por el diestro lápiz de Enrique Serra.

MARTE Y VENUS, dibujo de A. Laupheimer

Mientras el galante militar dirige amorosas frases á la linda jóven que le escucha con marcada complacencia, á juzgar por la placentera sonrisa que en sus labios se advina, la mujer encargada de la custodia de la niña no puede resistir al sueño que le comunica el aislamiento en que la tiene la amartelada pareja, y en vez de Argos vigilante se convierte en dormido Morfeo, imitándola el perezoso can, para el cual maldito el interés que debe tener el colquio de los enamorados. Fuego y entusiasmo por un lado; indolencia y descuido por otro: repetición constante de análoga circunstancia de la vida, que en más de una ocasión ha tenido trascendentales consecuencias, con perjuicio de la excesiva confianza de las madres y de la fácil credulidad de las doncellas.

El asunto está representado con naturalidad y soltura, ofreciendo un conjunto tan simpático como agradable, á pesar de la sobriedad de los detalles.

EL AMOR Y EL INTERES, cuadro por M. Vely

Dura es la alternativa en que se halla la hermosa jóven que descuelle en primer término en el cuadro de Vely. Solicitada al mismo tiempo por apuesto y gallardo mancebo, que sólo puede ofrecerle un amor apasionado, y por opulento magnate que la brinda con riquezas, no se atreve á cerrar sus oídos á las enamoradas frases del primero, ni á dejar de alargar instintivamente la mano á las magníficas joyas con que el segundo procura conquistar su corazón. En tan encontrada lucha de afectos, ¿cuál prevalecerá? Tal es el problema, que el pintor ha dejado sin resolver, pero cuya solución no admitiría duda para nosotros. Entre el amor puro y el sórdido interés, la elección no es dudosa, y mucho menos sí, como la heroína de nuestro cuadro, la que ha de adoptarla es bella, candorosa y se halla en la florida primavera de su edad.

UNA FANTASIA SOBRE MOTIVOS

DE RIGOLETTO.

I

Habia en la villa cierto conde llamado Neron, como el romano, y el cual tenia por madre otra Agripina. *Hauf.*

El pequeño Neron se reclinaba en su lujosa carretela forrada de raso color de cielo, cuya portezuela esmaltan coronas condales: su madre Agripina ocupa el testero principal del lujoso vehículo luciendo provocativas blondas y piedras brillantes; al lado diestro del niño que tiene nombre de tirano y sobre bordados cojines échase su perro Conviva, leal favorito traído expresamente para lamerle los pies, de las lejanas montañas de Terranova.

Cerca del paseo central, en donde voltean los carruajes y caracolean los corceles, formando una larga cadena de animados eslabones, á la sombra de los álamos y á pocos pasos de los asientos de piedra que dividen al paseo en dos enarenadas mitades, el hijo de un menestral mira con indiferencia el incesante desfile de troncos y máquinas costosas, y acaricia un primoroso caballo de carton, cuya rizada cola de estopa, inmóviles ancas y pintada crin, compiten, á su juicio, con todos aquellos corceles de noble estampa, ricos arreos y belfos anchos y espumosos.

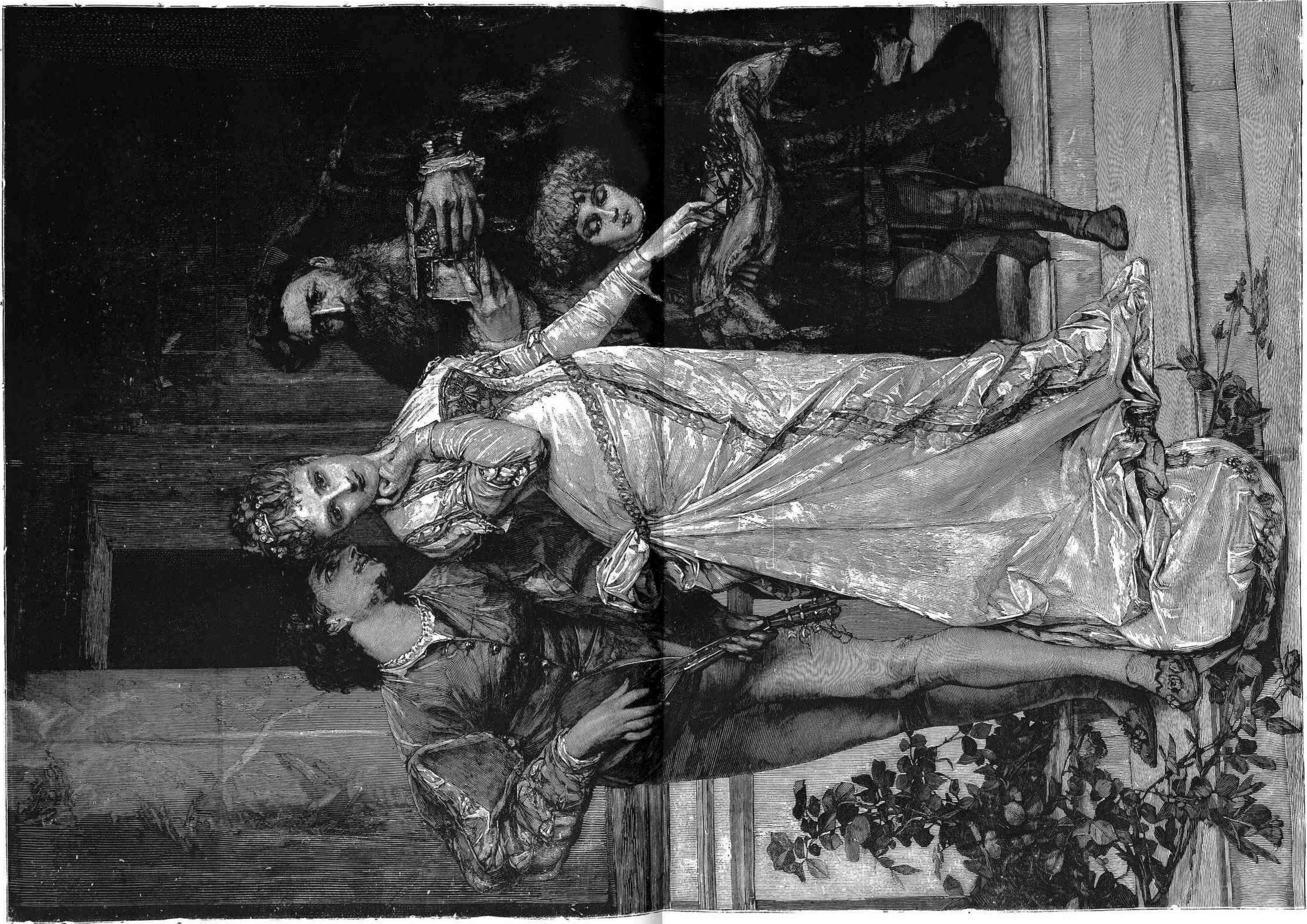
Neron, que ha visto, al pasar, al niño y al caballo, manda á su cochero que detenga el paso de los suyos para contemplar á su sabor el precioso juguete: está cansado de ver ante sí el tronco brioso y soberbio que arrastra su carretela blasonada, y siente viva coñez de poseer aquel corcel, inmóvil, inofensivo y primoroso.

—¡Mamá!—dice dirigiéndose á la altiva Agripina, que cambia en aquel momento la más voluptuosa de las sonrisas con uno de sus admiradores—yo quiero aquel caballo; los que nos llevan no se dejan gobernar por mí y me dan miedo con sus resoplidos poderosos; ¡yo quiero aquel caballo! ¡manda que se lo quiten á ese pequeño!

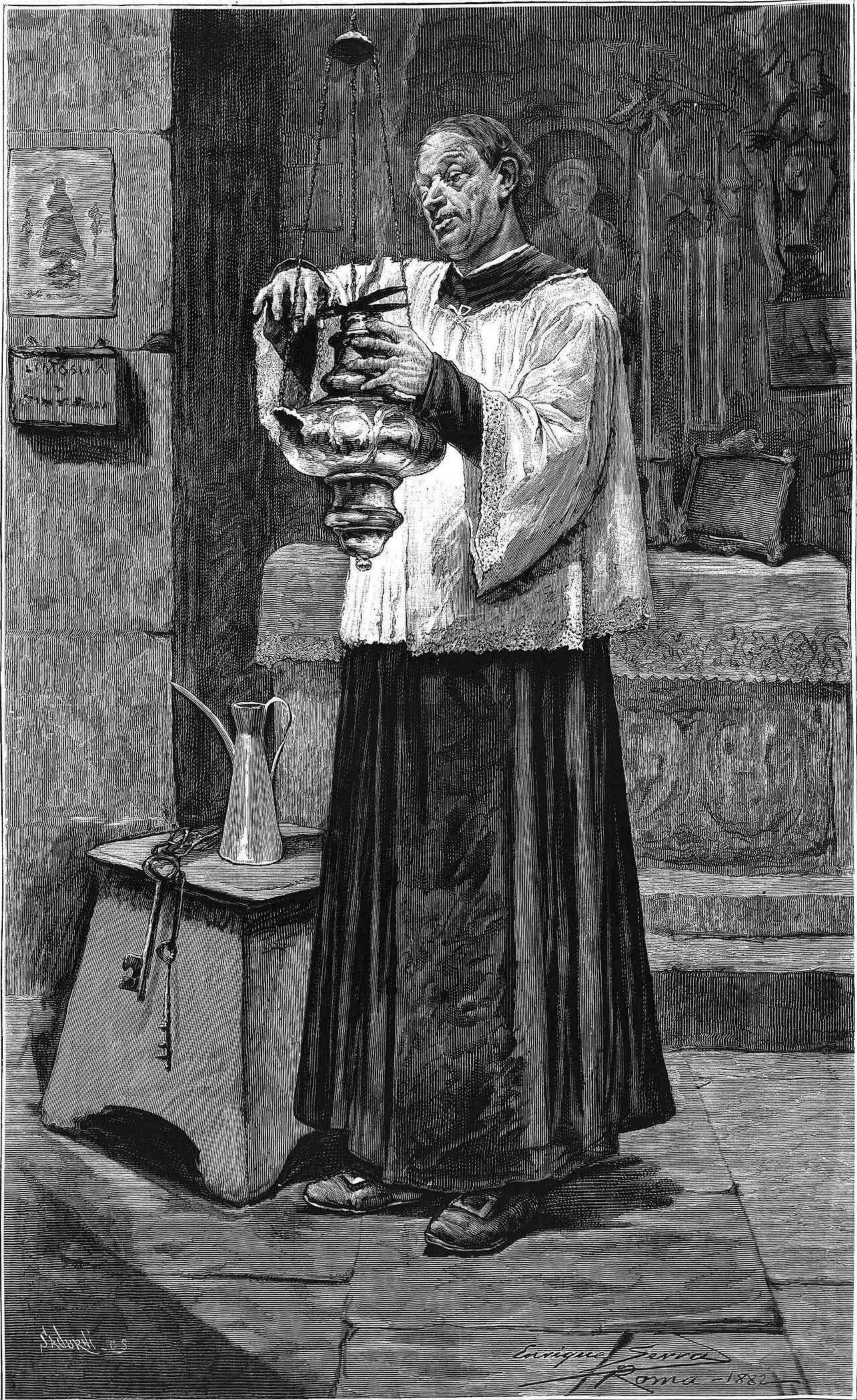
La madre acoge la petición del niño tirano con una estrepitosa carcajada. En efecto, el *grande* en miniatura, pide una solemne tontería; un caballo de carton se lo



EN EL CAMPO, cuadro por W. Friedrich



EL AMOR Y EL INTERÉS, CUADRO DE M. VÉLY



Sacristan

*Enrique Serra
Roma - 1882*

EL SACRISTAN, dibujo por Enrique Serra

puede permitir el hijo de un obrero; pero el de un noble necesita de carne ó de plata, para montarlos ó para colocarlos sobre la repisa de jaspe de la chimenea.

—Déjate de caprichos—dice al noble vástago que clava su negra pupila en el objeto codiciado;—un caballo de carton no puede adelantar un paso; para correr, para volar, para devorar las distancias y atropellar á las gentes son necesarios caballos de carne y hueso; esos no mueren, se rompen y cuestan muy poco dinero; si tales cosas han de apenarte en el mundo, será tu centro el globo mezquino que sirve para tus lecciones de geografía, y no vencerás jamás á los que galopan á tu lado.

Así dice Agripina, mandando al cochero que fustigue, con gesto imperioso: cruje el látigo, arrancan los caballos, y la carretela vuela y tiembla sobre sus ejes como si llevara dentro todo un universo de preocupaciones. Allí queda el hijo del menestral, con su blusilla azul y su galonada cachucha, poniendo la brida de cinta á su caballejo de carton y abriendo pequeños surcos sobre la arena con las cuatro ruedas de la peana.

Pasan y pasan carruajes, y blondas, y brillantes, y terciopelos, y flores, y senos desnudos, y bocas sonrientes, y grupos orgullosos; y vuelve á asomar la carretela triunfal del joven aristócrata, del pequeño Neron, con sus coronas condales, sus bordados cojines, y sus lacayos y su perro.

Y vuelve á detenerse frente al hijo del menestral que no se mueve del banco, y vuelve á solicitar la atención del tiranuelo el caballito de carton que ahora tiene trenzada su estoposa crin, atada la cola y recogidas gallardamente entramas bridas color de rosa.

—¡Lo quiero, mamita, lo quiero!...—repite el niño tendiendo las manos, plegando las cejas y pellizcando las lanas del leal can, que aulla de dolor sin enseñar los dientes. —¡Por ese caballo los míos!, por ese caballo la piel de Conviva. Vamos, Lázaro, ¿qué haces? ¿no oyes que lo quiero? desmonta ó yo mismo....

Agripina vuelve á sonreír al contemplar la cólera de su primogénito, cólera que según la expresión de su dómene, tiene relámpagos color de rosa y truenos armoniosos. —¡Vamos,—dice, dirigiéndose al robusto auriga auvernés, que parece agobiado bajo colosales escarapelas—llega á ese tunantuelo y ofrécele cuanto quiera por el juguete que desea el señorito!

El zafio auvernés desciende del alto puesto en que se le ha colocado y se acerca al menestralillo, que cruza en este momento con su fusta de caña el lomo pintado del caballito.

—Aquellos señores—dícele, sin advertir el mal efecto que su presencia causa en el pequenuelo—desean comprar tu caballo; pide por él cuanto quieras....

—¡No lo vendo!..—responde el niño, fijando su sombrada pupila en el auvernés, y abrazando su caballejo, con el afán de Praxiteles cuando trataban de robarle su centauro de mármol de Paros.

—¡Necio, pide dinero por él!—repite el hombre con faz torva.

El menestralillo retrocede algunos pasos, arrastrando tras sí á su juguete; y se niega á cederlo, á un tomando en cambio uno de los caballos vivos. Vuelve el auvernés al coche; luego toma al niño de la blusa, llevando entre sus huesos dedos un billete de banco, y sin andarse en contemplaciones, ase del brazo al menestralillo; pone en su temblorosa manecita la tira de papel; y, á trueque de romper la cinta de seda que sirve de brida al caballejo, se lo arranca brutalmente, llevándolo al conde en miniatura, mientras el menestral llama con desesperantes gritos á su pobre abuelita que dormita más lejos.

Neron coloca la codiciada presa sobre sus rodillas y la carretela se vuelve á eclipsar en una nube de polvo dorada por el sol poniente. A los gritos del menestralillo se acercan los curiosos que despiertan á su abuelita y le muestran el billete tentador, del cual el niño hace distraído una pajarita de papel. La vieja consueta á su nieto y contempla sonriendo el billete, en el cual ve distintamente toda una ganadería de yeguas de carton y de caballitos de caña.

—¡Aún tienes que dar las gracias á esos buenos señores!—dice, evitando que su nieto termine la pájara, con grave peligro de la integridad del papel moneda.—¡Dios les pague el favor que te han hecho!

II

Las campanas de la aldea repican y repican: parecen vírgenes locas que vocean en la espadaña.

Se casa la mejor moza del pueblo con el menestral más garrido; la parentela de ambos cónyuges envuelta en sus largas capas de paño burdo y en sus oscuras mantellinas penetran en ordenada fila por el porche del templo: allí, bajo la única nave y ante el sencillo altar, dos seres felices están bajo el más suave de los yugos.

Sonríe la mañana, á pesar de la niebla que procura cubrirle el rostro, y las niñas casaderas se agolpan en el atrio, para ver si la novia trae las orejas coloradas y los ojos bajos.

De repente la niebla arroja de su seno algo que parece vivir en ella, algo que en ella se perderá si ántes no la rompe el sol naciente.

Son los monteros de Neron, los monteros de Neron con sus traillas, sus bocinas, y sus caballos fogosos y corredores. A la cabeza viene el noble adolescente que lo mismo caza ciervas que mujeres hermosas; su corcel cuadrado parece de carton pintado: ni piafa ni escarba, ni mueve las orejas. Se ha colocado tras de la cruz de hierro que se eleva en medio de la plaza pública y permanece allí como en acecho.

Bien dijo el que dijo, que tras de la cruz está el diablo.

Tañen y tañen las campanas, termina la misa y sale el cortejo. Los novios van sonrientes y satisfechos; ella oprime la mano de él y baja los ojos; él no tiene miradas ni sonrisas más que para ella.

—¡Qué hermosa es la desposada! Las mozas del pueblo sólo la han encontrado dos *peros*: tiene el cuello demasiado redondo y el pié un si es no es menudo y carnososo como las almendras. Apuradas se vieron al tratar de sus ojos y de su boca; no hubo en cuatro leguas á la redonda ojos y bocas que le disputaran la primacía.

Al divisar á los cazadores el novio estrecha á la novia fuertemente como si temiera alguna cosa. La novia, fijándose en las lujosas libreas, sólo se atreve á murmurar estas palabras: *el señor Conde va de cacería*.

Y no hubiera podido decir una más; porque en aquel momento sonaron las bocinas, ladraron los fustigados perros, y partieron los caballos á rienda suelta.

Y en la furiosa desbandada atropellóse á los de las capas burdas, sembróse el suelo de mantellinas y huyeron las mozas como bandadas de alondras.

Y el novio y la novia se quedaron estupefactos, y el novio reconoció á Neron cuyos ojos brillaban como aquel día en que se apropió su caballo de pasta en el arrecife de la villa.

Y quiso gritar y no pudo, y pretendió impedir que le arrebataran su compañera que aún estaba adornada de azahares y le sujetaron veinte brazos hercúleos, y quiso pedir auxilio á los mozos del pueblo y se vio solo y atarazado, mientras galopaba el corcel vivo de Neron, llevando sobre su lomo al alma de su alma y á la carne de su carne. ¡Buena pieza había cazado el Sr. Conde!

Un hombre que llora acaba siempre por hacer reír á los demás; ¡se fruncen de tal modo los labios, y se encorva la nariz de una manera tan cómica!

Los mozos del pueblo acabaron por reírse del novio y envidiar á Neron. ¡Cómo iría por aquellos llanos en su corcel que bebía los vientos!

Cuando el menestral, que era sastrer, tomó aquel día medida á sus parroquianos, retozaba á estos la comezon en el cuerpo.

El menestral parte aquella noche para la villa.

Al llegar á ella, compra un juguete que no ha de antojarsele al hijo de Agripina; una compañera que no ha de desear el noble adolescente. Es un juguete limpio y punzante, una compañera muda y terrible como los deseos que le aquejan: acaricia su hoja con su mano convulsa y le hace lugar junto á su pecho.

Cuando anochece se oculta en los oscuros ángulos del palacio de Neron ó se agazapa á un descuido del portero tras las estatuas de la escalinata: estas estatuas son sileños de mármol blanco que se le rien en las barbas de hito en hito.

De vez en cuando, pregunta á las vendedoras de palomas torcaças que moran cerca del gran solar, si han visto entrar ó salir á su desposada. Las viejas vendedoras hacen un expresivo mohin y contestan al importuno:

—¡Toma, toma! en la pajarera del señor hay muchas aves de esa pluma.

Así trascurre el tiempo hasta que cierta noche el juguete de acero halla el empleo apetecido.

Neron ha de salir por la puerta falsa y el cuchillo del menestral puede entrar en su espalda derechamente. Pegado al muro, como uno de los monstruos platerescos que le adornan, aguarda el chirrido del cerrojo, con el corazón palpitante.

El golpe es certero; al detenerse un punto, el que salía, la hoja acerada ha penetrado horriblemente por su costado izquierdo.

Las linternas de los hospitalarios caen sobre el rostro del muerto y poco despues sobre el del asesino. ¡Terrible decepcion! el muerto es el ayuda de cámara de S. E. Agripina contempla tranquilamente desde la galería condaal aquel sangriento suceso y pide con la curiosidad inexplicable de las matronas de su raza el cuchillo manchado de sangre.

Las gentes se han apercebido de la caprichosa petición de la Condesa y dicen, para sí, contemplando al matador con ojos centellantes:

—Hé ahí un picaro afortunado! la señora Condesa le ha mirado con piadosos ojos!

III

Neron se divierte.

O lo que es lo mismo, el Conde prolonga la orgía de la noche hasta las primeras horas de la mañana. La descompuesta mesa manchada de vino conserva aún los búcaros de flores marchitas y los volcados fruteros en los que las manzanas ostentan la señal de los menudos dientes de las comensales.

Teclas que más que notas dan quejidos; carcajadas que más que carcajadas parecen roncadas tormentas; besos que más que besos son torpes alardes; forman en aquel espléndido aposento ese infernal desconcierto que sólo puede soportar el cerebro cuando el alcohol vibra y se pierde en sus circunvoluciones.

Neron, vacilante, presenta su estrecha copa de champagne, llena hasta los bordes, á una joven vestida de blanco como Margarita y robusta como la Teresa de Rousseau: llámala Flor de Nieve, recordando que la robó en la aldea coronada de azahares y con los atavíos de desposada. Otros hombres y otras mujeres cruzan el ancho salón, que da á la plaza pública y por cuyos lujosos cierros penetran las primeras luces del alba. La orgía tiene como el mar sus oleadas y sus calmas chichas. Rueda una botella ó se

entona á media voz un cantar voluptuoso; agrúpanse todos aquellos seres animados por el vino ó huyen á los ángulos atropellando á los que encuentran al paso.

Las bujías casi consumidas, cuyos largos pábilos dejan en el ambiente una imperceptible columna de humo, arden á pesar de la presencia del día.

¡Qué idea de la luz tendrán aquellos cuerpos entumecidos!

Va á sonar la última canción; Flor de Nieve se reclina tendida sobre un escaño despues de apurar la copa que le presenta el Conde: su cuello desnudo tiene la transparencia del alabastro y su boca contrahida es semejante á una rosa picada de abejas.

La donna é mobile
qual piuma al vento....

repiten algunas voces roncadas y destempladas en un corro:

mutta d'acento
e di pensiero....

responden en el de más allá, chocando las largas y estrechas copas.

De repente el redoble de un tambor y el vibrante repiqueteo de una campanilla de mano hacen retemblar los cristales de la estancia. Los cantos báquicos se suspenden por un momento y la voz de un hermano de la Caridad se escucha distintamente bajo los balcones.

La voz dice con entonación melancólica y punzante:

¡Para hacer bien por el alma
del que van á ajusticiar!

Neron frunce las cejas y llena de nuevo su copa: Flor de Nieve palidece, bebe, y prorrumpe en una histérica carcajada: los comensales, asiendo cada cual á su pareja se agolpan á los balcones y abren las maderas con curiosidad inexplicable: el sol que se asoma tambien en aquel momento á los balcones del cielo, juega con los azulejos de la torre cercana.

A la asombrada vista de los curiosos surge un terrible espectáculo. Un reo que va á morir, los guardias, los agonizantes, el tambor ronco y destemplado, los hermanos de la Caridad y el siniestro ejecutor de la justicia.

Ante la triste aparición, los rostros demacrados de aquellos apóstoles del vicio se tornan lívidos y lacrimosos; sacuden por un momento la modorra y murmuran por lo bajo una oración.

Neron y Flor de Nieve se unen al curioso grupo en este momento.

El cortejo desemboca por la calle próxima lentamente; primero los guardias, despues los frailes, luego el reo, detrás el verdugo.

Flor de Nieve lanza un grito horrible que sofoca Neron aplicándole á la boca su perfumado pañuelo. Ha reconocido á su esposo, á pesar de que se cubre el rostro con los oscuros pliegues de su hopa.

El reo alza los ojos; aquel ¡ay! ha penetrado en su corazón sacudiéndolo rudamente.

¿Vió ó no vió la cabeza del Conde junto á la de su esposa?

El Conde saca un puñado de monedas de plata que arroja desde lo alto y que hacen al caer en la ancha bandeja de la Caridad un ruido estridente; despues dice cerrando el maderaje del balcon y arrastrando tras sí á sus parásitos:

¡Para hacer bien por el alma
del que van á ajusticiar!

Pocos momentos despues y mientras el cortejo se pierde por la calle frontera, resuena de nuevo en el salón la canción báquica:

La donna é mobile
qual piuma al vento
mutta d'acento
e di pensiero

Las ancianas que piden en el pórtico y que han visto caer sobre la bandeja de plata aquella copiosa limosna dicen, santiguándose, por lo bajo:

—¡Viva muchos años el Sr. Conde! Ya que no puede salvar el cuerpo del desgraciado asesino, procura salvar su ánima: S. E. encuentre el premio merecido en la vida perdurable.

• BENITO MAS Y PRAT

PORTUGAL

EL CONVENTO É IGLESIA DE BATALHA

II

Llegamos á una de las partes más hermosas: la capilla del fundador, adosada á los piés de la iglesia, junto á la puerta principal. Fué comenzada por D. Juan I; si bien á la muerte de este (ocurrída, por cierto, el 14 de agosto de 1434, aniversario de la batalla de Aljubarrota), no hallándose terminada aún, fueron depositados sus restos en el centro del coro, al lado de la reina. Felipa, su mujer, que le había precedido 16 años, y de donde ambos fueron trasladados al sepulcro en que, conforme á su intención, hoy descansan. En esta capilla, sin embargo, es fama que el monarca, imitado despues por nuestro Carlos V, asistió en vida á sus propias exequias. Forma un gran recinto cuadrado, de unos 66 piés por lado y cubierto con una linterna octogonal, de 40 de diámetro, bajo la cual se eleva el mausoleo del fundador. «No hay palabras, dice un viajero (1), capaces de expresar la belleza de esta linterna».

(1) *Handbook for trav. in Portugal*, 1875, p. 123 y 124.

En efecto, los ricos pilares que soportan la cúpula; las elegantes hojas de sus arcos; sus molduras, doradas y pintadas de verde y carmesí; sus rasgadas ventanas; su clave, donde campean las armas de Portugal sostenidas por ángeles, hacen de esta capilla, aún prescindiendo de los sepulcros, una de las más primorosas joyas del estilo ojival florido que la Península posee. Con esto, ya se comprende que el carácter dominante en esta bella obra es la elegancia, la delicadeza, la gracia, la esbeltez, sin caer todavía en la superabundancia de pormenores y de líneas retorcidas que comprometen luego la dignidad del gótico, como de todos los estilos en su decadencia. Le da entrada un arco de rico follaje; y luz, tres ventanas en cada uno de sus tres lados libres y cuyo dibujo ofrece la mayor pureza.

El sepulcro de D. Juan y D.^a Felipa consta de un sarcófago completamente sencillo, elevado á unos 7 pies del suelo sobre cuatro leones y flanqueado en los cuatro ángulos por otros tantos pedestales, para colocar los blandones que se encienden en los aniversarios. Las estatuas yacentes, mayores que el natural, son hermosas: descansan cada una bajo un rico pabellon de piedra, en cuyo dorso se ven las armas de Portugal é Inglaterra y apoyan los pies sobre una repisa: disposición ésta muy común en el reino vecino, é igual á la que se obtendría colocando horizontalmente una de las imágenes de cualquier archivolta gótica, con la ménsula que la sostiene y el doselete que la protege y corona. Una espléndida guirnalda de hojas de zarza,—alusión á la del monte Moria, por la cual se compara con el libertador de Egipto al vencedor de la dominación castellana—y las dos divisas *Il me plait* y *Por bem*, entrelazadas en la guirnalda y respectivamente propias de la reina y el rey, adornan la cornisa del sarcófago, en cuyos dos frentes mayores se hallan grabados los epitafios de ambos, como lo están en la cabeza las insignias de la Jarretiera, estropeadas por los soldados franceses.

En el muro S. de este espléndido panteon, hay trazados cuatro arcos, que abrigan los sepulcros de otros tantos príncipes, tres de ellos famosos: el infortunado duque de Coimbra, cultivador de los estudios y gobernador del reino; D. Enrique, duque de Viseo, insigne promovedor de la navegacion y los descubrimientos portugueses; y el «Infante santo» D. Fernando: todos son hijos del fundador de Batalha y hermanos de D. Duarte, que, como primogénito, le sucedió en el trono y se halla enterrado, según se ha dicho, en las gradas del altar mayor.—De los cuatro sepulcros, sólo uno, el del duque de Viseo, tiene estatua, armada y yacente, también con doselete y repisa, y en el tímpano que hay sobre el del príncipe D. Juan, sétimo hijo de Juan I, está esculpida la Pasión. Blasones, emblemas, divisas y guirnalda de hojas de hiedra, fresa, encina y roble, adornan estos enterramientos.

Ocupan el muro E., á su vez, cuatro altares, muy destruidos; cada cual de ellos, se dice, tuvo su tríptico ó retablo; hoy sólo queda uno, donde se afirma que está el retrato del «príncipe santo», aunque parece posterior: es una de esas pinturas de fines del siglo xv á principios del xvi, que corren en Portugal bajo el nombre legendario de «Gran Vasco», al cual se han atribuido las mil tablas que de esta época existen y cuyo estilo suele ser bastante diverso. También se conservan aún en la capilla algunos restos de esculturas, pertenecientes quizá á los retablos de los otros altares.

Por último, en el lado de Poniente, hay cuatro arcos, abiertos quizá para proteger otros tantos sepulcros, que no llegaron á colocarse.

De la iglesia, pasemos ahora á la sacristía, noble salon gótico florido, con una especie de balcon interior en forma de matacan, y una fuente muy graciosa para las abluciones. Allí se veneran—que bien puede decirse así—el capacet y la espada de D. Juan I y uno de los mejores cuadros, aunque deterioradísimo, que he visto en Portugal. Representa á la Virgen con el Niño y algunos Padres de la Iglesia, en figuras de la mitad del natural, cuya composición recuerda,—aunque de lejos—á la *Madonna* de San Zacarias, de Juan Bellini, ó la Virgen del Pez, de Rafael.

La pieza más suntuosa de todo este edificio es la capilla llamada «imperfecta». El rey D. Manuel (1495-1521) el *Afortunado*, pacífico de condición, amigo de las artes, enriquecido hasta un grado superior á todos los monarcas de su tiempo, en virtud de los descubrimientos de Vasco de Gama y de Cabral, concibió el proyecto de edificar en el convento de Batalha un panteon para sus antecesores y para él mismo, en que arquitectos y escultores traídos de toda Europa apurasen las magnificencias de su ingenio.—Hay quien opina que el ejemplo de Enrique VII de Inglaterra, fundador de la famosa capilla de Westminster, aneja también á una abadía donde se encuentra el enterramiento de los monarcas y personajes eminentes del Reino Unido, debió influir sobre la imaginación del lusitano.

Su obra se encuentra, como la del inglés, emplazada al extremo oriental de la iglesia y detrás de la capilla principal. Es de planta octogonal, con una capilla abierta en cada lado, á excepción del de Poniente, en que se halla el arco que sirve de ingreso y que por tanto viene á caer detrás del altar mayor. Entre cada dos capillas, se levanta un gran pilar, que debía rematar en una inmensa aguja. Las capillas están concluidas; pero el cuerpo central sólo llega hasta el cornisamento de donde habia de arrancar la bóveda, cuya falta lo tiene descubierto y expuestos á la intemperie sus exuberantes adornos. El

estilo de esta construcción es, como se concibe desde luego por su época, manuelino, pero dominando las formas góticas, ya desfiguradas. Los motivos de decoración son los característicos de este tiempo en Portugal, Lazos, cordones, calados, arabescos y curvas esquemáticas, que dan á sus pilares y cornisas un aspecto semejante al encaje ó á la filigrana, preponderan sobre las hojas y demás formas naturales; siendo de notar, en particular, la esfera, que constituye el blason de D. Manuel, la cruz de Cristo y la divisa griega *tanyas erei*, indicación del afán de descubrir nuevas regiones, propio del rey Afortunado y de su época, como otros tantos emblemas que se interponen en la decoración del ingreso. Todos los arcos son riquísimos; pero este principal, con su archivolta de siete cordones labrados con minuciosa delicadeza que difícilmente superaría el más fino bordado; con sus complicadas molduras canopiales, sus doseletes y repisas, «excede—dado el género—á cuanto la fantasía pudo imaginar (1).»

La capilla habia llegado al estado que hoy tiene, cuando falleció su insigne arquitecto, Mateo Fernandez, en 10 de abril de 1515. Su sucesor, desdeñando ya la tradición gótica, tan corrompida, quiso seguir las obras en el gusto declarado del Renacimiento, aunque no sin cierta vulgaridad; y el rey D. Manuel, al visitar su predilecta fundación, quedó tan descontento, que las mandó suspender, muriendo ántes de hallar arquitecto digno de continuarlas en el antiguo estilo.

Pasando ahora al Convento, comencemos por la sala capitular. Es un cuadrado de 70 pies, próximamente, por lado, cuya vasta extensión, de más de 74 metros superficiales, cubre una admirable bóveda de ocho paños, apoyada exclusivamente sobre los cuatro muros. En uno de sus frentes, se halla rasgada una ventana compartida en tres y cerrada con la única vidriera de colores que se conserva entera de las antiguas, aunque no será anterior al siglo xvi; en el opuesto lado se abre sobre el claustro el espléndido «pórtico de biscoito», compuesto todo con adornos entrelazados de suma riqueza y á cada uno de cuyos lados hay otra ancha ventana de dos luces. El admirable roseton de la clave; los tres altares (posteriores) con hermosos azulejos que forman composición; tres estatuas del primer período gótico; el retrato de Alfonso Dominguez (el primer arquitecto de Batalha), retrato sobre el cual se ha engendrado una leyenda llena de poesía, y los sarcófagos de madera que cubren los sepulcros de Alfonso V y de otro príncipe, hijo de D. Juan II: tales son los más interesantes pormenores de esta excelente *casa do capitulo*. Notemos, á propósito de esa cabeza esculpida en la consola y tenida por retrato de Alfonso Dominguez, que si, como aseguran algunos críticos, la sala es obra del tiempo de Alfonso V, el retrato no debe ser de aquel maestro, sino de alguno de sus sucesores, autor de la obra.

Deben citarse los claustros del convento. El principal es probablemente de la época del fundador, como se dice; y si el autor del *Manual* de Murray hubiese reparado en su estructura general y señaladamente en las bóvedas que lo cubren, no habria afirmado que «aunque los anticuarios portugueses digan lo contrario, es obra de D. Manuel.» Lo que sí corresponde á la época de este monarca, son la decoración de las ventanas de ese claustro, los afligranados tímpanos y columnitas de los arcos, cuyo aspecto de adorno de pasamanería da sobrado testimonio del gusto manuelino, aunque faltasen las esferas y cruces de Cristo que lo esmaltan. Pero esta ornamentación sobrepuesta, cuyos méritos distan, en nuestro sentir, de corresponder á las exageradas alabanzas del mismo crítico que acabamos de citar y que lo reputa nada menos que «sin rival en Europa», no debe confundirse con el estilo de la construcción, harto más puro, bello y severo. Dejando aparte esta cuestión, el patio es un cuadrado de 55' por lado y en el cual se abren 28 ventanas, de distintas anchuras: en el ángulo N. O. un pabellon saliente, de admirable riqueza, protege una fuente. El claustro de Alfonso V pertenece á muy otro estilo, y aunque harto más modesto (razón por la cual apenas suele mencionarse), es de muy agradable conjunto, con sus columnitas pareadas.

El refectorio tiene poca importancia; y ménos aún la extravagante puerta que en otro tiempo conducía á la biblioteca.

El exterior resulta muy rico, á causa del gran número y decoración de sus botareles, pináculos, antepechos, ventanas, y demás miembros aparentes. Los pináculos—sobre todo los modernos—son algo pequeños para la enorme masa del edificio; les falta, por decirlo así, importancia proporcionada á esa masa, que ofrece—como hace notar un crítico—«demasiada horizontalidad.» Téngase presente que carece de torres, propiamente dichas, pues no debe considerarse como tal la aguja, de poca altura también en relación al conjunto, destruida por un rayo y reedificada actualmente; está hueca y forma un verdadero mirador, desde el cual puede contemplar el viajero una hermosa vista y darse completa cuenta del monumento y de la distribución de sus cuerpos principales. Otra hermosa aguja, que coronaba la capilla del fundador, vino abajo en el terremoto del siglo pasado y no ha sido reconstruida. Digna es de mención especial la bella portada del brazo S. del crucero (*porta Travessa*) de muy puro estilo gótico, aunque casi todos los adornos de las archivoltas son característica é indubitablemente románicos: caso poco frecuente en construcciones ya del siglo xiv. Por último, la fachada principal es un riquísi-

(1) O' Shea, *Guide to Spain and Portugal*.—3.^a ed.; Edimburgo, 1868; pág. 548.

mo trozo flameante, que consta de un portal, cuyas jambas decoran las imágenes de los apóstoles y cuya archivolta de seis órdenes sostiene 78 estatuillas; Cristo y los cuatro evangelistas llenan el tímpano; y en el fronton que deja la vuelta del arco canopial sobre el primer baqueton del ingreso, se ve la Coronación de la Virgen: todo ello, con sus doseletes y repisas, de excelente carácter aún. El segundo cuerpo de esta fachada es ménos puro, y presenta, en vez de roseton, una gran ventana, adornada con análoga profusión, pero de efecto muy decorativo. Las dos portadas y el exterior de la capilla de D. Juan I son las partes de mayor interés que en su exterior ofrece el edificio. Indiquemos que los sillares de que está construido son mayores que los comunmente empleados entre nosotros.

Por último, el estado de todo el monumento es más satisfactorio que el de Alcobaca, así en cuanto al cuidado de su conservación, como en cuanto á las restauraciones—en el supuesto de que los monumentos deban restaurarse—que van aquí mejor dirigidas, por lo común, de lo que lo han sido en el abandonado convento cisterciense. Pocas veces se ve mejor aprovechada una consignación tan modesta como la que anualmente consagra el Estado á las obras de Batalha: 4 ó 5,000 duros. No puede decirse otro tanto de las restauraciones llevadas á cabo al mediar el siglo y de que da triste ejemplo la de las ventanas, ántes mencionada.

A poca distancia del monasterio se halla el ruinoso y pequeño templo donde el maestro de Avis, la víspera de la batalla, hizo voto de levantar este monumento; en el camino hácia Aljubarrota, la iglesia fortificada de S. Jorge; en el opuesto, yendo á Leiria, la de S. Anton, gótica y con un curiosísimo retablo de imaginería. Aljubarrota misma merecería algunas palabras; y no digamos Leiria... pero son tantas ya las que componen estos apuntes, que les ponemos aquí fin, so pena de hacerlos interminables y—lo que sería peor—intolerables.

FRANCISCO GINER DE LOS RIOS

NOTICIAS VARIAS

LOS TAGALOS.—Los tagalos constituyen la rama más importante de la raza malaya en las Filipinas: habitan casi exclusivamente las provincias ó distritos de Manila, Laguna, Cavite, Batangas, Bulacan, Morong, Infanta, Tayabas, Bataan y la isla del Corregidor, pero también hay muchos en la provincia de Zamibales, en las del Príncipe, de Isabela y Nueva Ecija. El punto más septentrional que alcanzan en la costa nordeste es la isla de Paranan.

En la provincia de Camarines del Norte llegan hasta Paracali, lugar muy conocido por sus ricas minas de oro.

Según el doctor Bastian, los tagalos difieren del tipo malayo más que los visayas: tienen la piel de un color moreno amarillento, algo más clara en Manila que en las provincias á causa de la mezcla con los blancos y los chinos; sus formas son bien proporcionadas; la cabeza redonda, aplanada posteriormente; la nariz algo achatada; la boca grande con labios bastante gruesos; los huesos zigomáticos muy salientes; la frente baja, y los ojos grandes y negros; de este mismo color tienen el cabello, que es muy abundante y grueso. Un carácter les distingue en particular, y es la extraordinaria movilidad de los dedos del pié, del cual se sirven fácilmente como de mano, hasta el punto de recoger del suelo los más diminutos objetos para no bajarse; dicho se está con esto que trepan admirablemente, tan bien como los negritos, siendo de advertir que tienen el pulgar del pié muy separado de los otros dedos.

La finura de su olfato es igualmente extraordinaria: en una reunión numerosa reconocen á las diversas personas por el olor de su pañuelo.

Los tagalos se establecen siempre cerca del agua, río, riachuelo, mar ó lago, y parece que su nombre quiere decir precisamente *riberños, habitantes del río*. En la época de su independencia habitaban en caseríos diseminados, pero los españoles les obligaron á vivir en las grandes ciudades ó en pueblos, donde á veces forman barrios enteros.

El armazon de las viviendas de los tagalos se compone de cañas, ó de tablas y vigas si los dueños son ricos; las paredes se forman con grandes hojas, empleándose principalmente las de palmera para los tejados. Algunas de estas viviendas no pesan más de dos quintales, incluso los efectos que contienen, que se reducen por lo general á los utensilios culinarios.

Este pueblo vive de la pesca y de los trabajos del cultivo, y aliméntase principalmente de arroz; sus instrumentos agrícolas, muy toscos, se construyen con bambú, y utilizan el búfalo para arrastrar el arado.

* *

CHINA.—No sin grandes dificultades se conseguirá hacer participar á China de los progresos de la industria, pues los hijos del Celeste Imperio acaban de dar un segundo ejemplo de su ridícula conducta en el asunto que ocasionó la destrucción de la línea férrea de Wousug á Shanghai. Esta vez ha sido la electricidad la que ha pagado el gasto. En Shanghai se habia establecido una compañía para el alumbrado por la luz eléctrica, y según parece funcionaba muy bien; pero el Taotai ha prohibido á sus súbditos servirse de esta luz, bajo la pena de severos castigos. Al día siguiente de expedir el orden el barrio chino estaba á oscuras, y sólo un teatro indígena habia conservado sus lámparas eléctricas encendidas... por no saber apagarlas.



MARTE Y VENUS, dibujo por A. Laupheimer

ENFERMEDAD DEL CAFÉ.—Segun dice la *Gaceta de Bombay*, el café sufrirá muy pronto la misma suerte de las patatas y de la uva, desapareciendo en algunos países gradualmente como la vid. En una hoja de la planta aparece primero una diminuta seta, que no tarda en invadirlas todas, ocasionando así la muerte del árbol. Esto es lo que ha sucedido en varios países de los alrededores de Ceilan, habiéndose propagado la enfermedad hasta Java, donde ha producido grandes estragos. El gobierno ha intervenido al fin, comprando todos los cafetales atacados de la enfermedad en las islas Fiji para quemarlos inmediatamente, á fin de preservar lo que aún está sano.

VELOCÍPEDO ACUÁTICO.—Se ha dado el nombre de *biciclo marino*, en nuestra opinion impropia, al aparato que representa nuestro grabado, y que figuró en la última exposicion organizada en Boston por el «Instituto manufacturero y mecánico de Nueva Inglaterra,» habiéndole presentado la «Compañía del Biciclo marino de Portsmouth.» Este pequeño vehículo ó velocipèdo acuático carece de ruedas y no es propio para las excursiones marítimas.

Se compone de un pequeño esquife de doble casco en el cual se manobra por un hélice al que comunican movimiento unos pedales, exactamente lo mismo que en un velocipèdo ordinario. Cada casco, sumamente esbelto, mide 20 pies (6 metros) de longitud, 7 pulgadas (18 centímetros) de ancho y 8 pulgadas (20 centímetros) de altura; la desviacion de eje á eje es de 3 pies (91 centímetros).

La manera de graduar la trasmision de movimiento al hélice, y el manejo del timon son muy sencillos, no pareciendo dudoso que en superficies líquidas muy

serenas y con pedales convenientemente apropiados el ligero esquife avanzará con suficiente rapidez, atendido su poco peso. En tal caso, el singular velocipèdo será susceptible de proporcionar agradable recreo á los aficionados.

*
*
*

PROGRESO DE LA INSTRUCCION FEMENIL.—Segun el periódico las *Noticias*, del recuento practicado últimamente en San Petersburgo resulta un gran aumento en el número de mujeres que viven del producto de su trabajo intelectual, así como en el de jóvenes educadas en las escuelas particulares y públicas. En los establecimientos del comercio y de la industria es donde mas acrece la cifra de mujeres empleadas.

NOTICIAS GEOGRAFICAS

LOS ALEMANES EN EL MEDITERRÁNEO.—Para ilustrar el asunto de que han hablado últimamente los periódicos respecto á la cesion ó venta de la isla de Cabrera á

una nacion extranjera, creemos oportuno reproducir las siguientes noticias, que tomamos del periódico francés *El Eco del Havre*.

«Los vapores que hacen el servicio de Argel á Marsella, y por causa del mal tiempo deben detenerse á veces en Palma (Balears), costean á su izquierda una isla de reducida extension, cuyos altos promontorios avanzan por el mar en forma de herradura.

Esta isla, llamada de Cabrera, y cuya extension apenas pasa de 3,000 hectáreas, es conocida en particular por sus cabras salvajes y sus innumerables bandadas de perdices rojas.

Las tartanas maltesas llegan á menudo, de contrabando, para cargarse de caza, abandonan la isla al ponerse el sol, y al dia siguiente, al rayar la aurora, hallanse á la vista de Argel.

Cabrera tiene un puerto natural que, bien acondicionado, podria contener una pequeña escuadra. Los valles se distinguen por su notable fertilidad, y el clima es el mismo de Africa, con esa salubridad peculiar de las Balears.

La isla pertenece á una familia de Mallorca. Un ingeniero alemán que recorria las costas del Mediterráneo, llegó un dia á proponer á esa familia la venta de su isla desierta al gobierno de Prusia, ofreciendo dos millones quinientas mil pesetas.

Las negociaciones, activamente proseguidas, segun parece con el consentimiento del gran canceller, no han tenido todavia un resultado positivo, ó por lo menos público.

Si los propietarios venden su tierra y España cierra los ojos sobre la cuestion de *dominium*, en la isla de Cabrera ondeará el águila de Prusia tan libremente como el pabellon de otra potencia en el peñon de Gibraltar.

El objeto de la Alemania del Norte sería fundar en Cabrera una especie de colonia escuela, cuyos alumnos se diseminarian despues en los puntos mas codiciados por la madre patria.»



Un biciclo marino

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON